

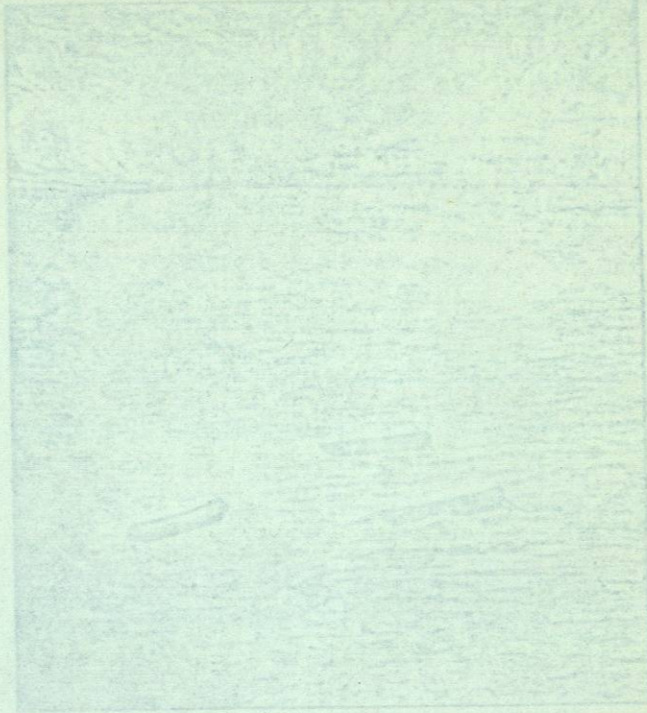
poner todo en orden. Therese y el conserje lo obedecen aterrados. Peter Kien es reinstalado en su antiguo departamento-biblioteca. Los libros que faltan son rescatados de la casa de empeños. En su casa, Peter Kien habla ininterrumpida y maniáticamente con su hermano. Su explicación de todo lo ocurrido no se refiere en ningún momento a la realidad, no cuenta verdaderamente lo que ha ocurrido, sino que es trasladada a la mitología griega. De acuerdo con su sistema a Georges no le es difícil interpretar el discurso de su hermano. Se ha ganado ya la confianza, expresada por supuesto como desinterés, elogiando sus trabajos como sinólogo, expresando su admiración por la magistral manera en que ha logrado hacerse dueño del lenguaje de los sabios chinos de la antigüedad para reconstruir lo que sería el equivalente de los textos presocráticos. Peter Kien no se interesa por esos elogios, pero en cambio empieza a hablar de su propio caso en términos de ejemplos de la mitología griega. Georges sabe a qué corresponde cada uno de los ejemplos escogidos. El lenguaje de la razón sirve a la locura e interpretar en términos de locura el lenguaje de la razón debe conducir a la curación. Pero tal vez también todo diálogo es un diálogo entre locos. La novela empezó cuando un niño le habla a Peter Kien, que ha sacado a pasear sus libros, en una forma que puede tomarme por un diálogo entre locos cuando no se sabe quiénes son los que hablan. Poco a poco se aclara, pero los intereses infantiles y los intereses maduros de un científico como Peter Kien que resulta ser uno de los protagonistas del diálogo y habla con el niño son, en su distancia real, sorprendentemente parecidos en los dos, sin que tengan ningún otro punto de contacto, les interesa la ficción de la realidad encerrada en los libros. El niño la ama como representación de la realidad; Peter Kien como la realidad encerrada en el objeto que son los libros. Cuando de acuerdo con la promesa que le ha hecho Peter Kien al niño, que vive en su mismo edificio, va a visitarlo para que le enseñe los grabados de alguno de sus libros, Therese ya vive en el departamento y lo despide de mala manera. Pero ahora, al final del libro, Peter Kien,

habiendo ya despedido a su hermano después de prometerle que no le escribirá pues no tiene tiempo para ello; habiéndolo sido dejado en su biblioteca por su hermano que también tiene prisa por regresar a estar entre sus pacientes —¿sus colegas?— que lo esperan, se encuentra de nuevo entre sus libros. Ya sabemos que para él tienen una cambiante y viva realidad; ya sabemos que esa realidad es tan loca como la del mundo al que entra Peter Kien cuando abandona su departamento dejándolo en manos de Therese para llevarse su biblioteca en la cabeza, convertida en el vacío lleno de realidad que está dentro del papel de estraza que lleva bajo el brazo. Ese mundo es terrible, temible, grotesco. Pero también lo es el de la infancia agresiva impulsiva, terrible o maravillosamente viva que se nos presenta en el breve diálogo, que antes de que sepamos quiénes son sus agonistas, parece ser un diálogo entre locos con el que se abre el libro y también lo es el que sostiene Georges Kien con sus pacientes y que le ha valido ser aclamado como un notable científico por el mundo, igual que aclama a Peter como sinólogo, cuando lo que hace es literalmente hablar, en el sentido más razonable de la palabra, con los locos, admirarlos y saber que tienen la "razón". ¿Quién es el loco entonces? Siguiendo las páginas de *Auto de Fe* desde el primer diálogo con el niño hasta el momento en que Peter Kien se queda de nuevo instalado en su biblioteca gracias a la intervención de su hermano, se tiene la sensación de haber hecho una visita a Steinhof, la casa de los locos, sólo que estos locos no están encerrados en ningún manicomio, son los habitantes del mundo, desde el impulsivo niño hasta Peter y Georges Kien en sus respectivos extremos: la vida solitaria entre sus libros, la vida solitaria entre sus verdaderos compañeros que son los que pasan por locos en su clínica mientras el gran especialista que tiene que pasar, a veces, por el dolor lleno de desprecio de curarlos para el mundo, hasta los cuerdos habitantes del exterior que, como Therese, espera sacar ventaja algún día del vicio secreto que guía la vida de todos los hombres, que, como Fischerle, se deja llevar por los sueños que transforman su figura y lo convierten en campeón mundial de ajedrez, que como el conserje del edificio en que vive Peter Kien espía el mundo por un agujero y recuerda los tiempos felices en que usaba a su hija de acuerdo con su libre voluntad. Y, finalmente, solo en su biblioteca, dueño otra vez del campo del saber, Peter Kien se pone a jugar, como jugaría un niño, con unos cerillos en el último breve capítulo. Quema su biblioteca y se quema junto con ella. "Las actas se queman, todas las actas". El saber se destruye a sí mismo y destruye el saber en medio de un ataque de risa ¿loca?

Libro de difícil y maravillosa lectura. Sus páginas son tan densas que muchas veces resultan casi insoportables a través de esa mezcla en que lo maravilloso se convierte en terrible, en su locura todos los personajes desde el niño hasta los sabios y los locos soñadores son sobrecogedores por su capacidad de resultar inevitablemente consecuentes. Tan loco está Peter Kien en su aislamiento como Therese en su empecinado propósito, tan loco está Georges Kien como los locos que para él poseen la verdad, locos están cada uno de los personajes y, sin embargo, al entrar al ámbito de la locura, Elías Canetti logra presentarlo como el espejo, el puro y despiadado espejo, el indiferente espejo de la razón que alimenta su arte. No podemos dejar de pensar en Rainer Maria Rilke: "Porque lo terrible no es más que ese grado de lo bello que aún podemos soportar". □

habiendo ya despedido a su hermano después de prometerle que no le escribiría más en sus cartas para él, habiendo sido dejado en su biblioteca por su hermano que también tiene que ir a la cárcel, a estar con sus hermanos — sus hijos — que lo esperan, se encuentra de nuevo en un mundo nuevo. Y a saber que para él tiempo una semana y vive realidad; ya sabemos que esa realidad es tan loca como la del mundo al que entra Peter. Kien cuando abandona su departamento de la casa de Theresia para llevarse en un momento de la noche, convertida en el vacío lleno de biblioteca en la casa, convertida en el vacío lleno de realidad que está dentro del papel de cartas que lleva bajo el brazo. Ese mundo es terrible, terrible, terrible, terrible también lo es el de la infancia agresiva impudica, terrible, maravillosamente viva que se nos presenta en el breve diálogo, que antes de que seamos conscientes con sus palabras parece ser un diálogo entre locos con el que se sabe el libro; y también lo es el que sostiene George Kien con sus palabras y que le ha valido ser señalado como un terrible criminal por el mundo, igual que se llama a Peter como a un criminal, cuando lo que hace es simplemente hablar, en el sentido más razonable de la palabra, con los locos, admitiendo y saber que tienen la razón. "¿Quién es el loco entonces?" Siendo las palabras de Kien de la época de su diálogo con el mundo el momento en que Peter Kien se queda de nuevo instalado en su biblioteca gracias a la intervención de su hermano, se tiene la sensación de haber leído una vez a G. K. Chesterton, la casa de los locos, solo que en esta ocasión no están encerrados en ninguna institución, son los habitantes del mundo, desde el impudico niño hasta Peter Kien. Peter Kien en sus respectivas expresiones, la vida sostenida entre sus libros, la vida sostenida entre sus palabras, los que son los que pasan por locos en su clínica mientras el gran especialista que tiene que pasar a veces por el dolor lleno de desprecio de curarlos para el mundo, hasta los locos habituales del mundo que, como Theresia, esperan hacer sentir algún día del vicio secreto que con la vida de todos los hombres, que como Friedrich se dejó llevar por los sueños que transforman su figura y lo convierten en un campeón mundial de ajedrez, que como el conde del edificio en que vive Peter Kien espera el mundo por un agujero y recuerda los tiempos felices en que habla y se habla de acuerdo con su libre voluntad. Y, finalmente, solo en su biblioteca, desde una vez del campo del libro Peter Kien se pone a jugar como un niño, como un niño en el mundo de los libros. Cuando un niño juega y se divierte junto con ellos, las cosas se parecen a las cosas. El saber se convierte a la imaginación y destruye el libro en medio de un ataque de risa loca.

Libro de difícil y maravillosa lectura. Sus páginas son tan densas que muchas veces resultan casi insuperables a través de esa mezcla en que la maravilla se convierte en un terrible en su locura, todos los personajes desde el niño hasta los sabios y los locos sonadores son sabios, locos, por su capacidad de sentir inevitablemente transformados. En un libro Peter Kien en su aislamiento como Theresia en su capicadura propia, con los locos George Kien como los locos que para él poseen la verdad, los locos cada uno de los personajes y sin embargo, al entrar al mundo de la locura, ellas mismas locas, presentan como el espejo, el punto y después espere, el indolente espejo de la razón que alienta en sí. No podemos dejar de pensar en Walter Morris Rilke. Porque lo terrible no es más que ese gesto de la boca que aún podemos separar. D.



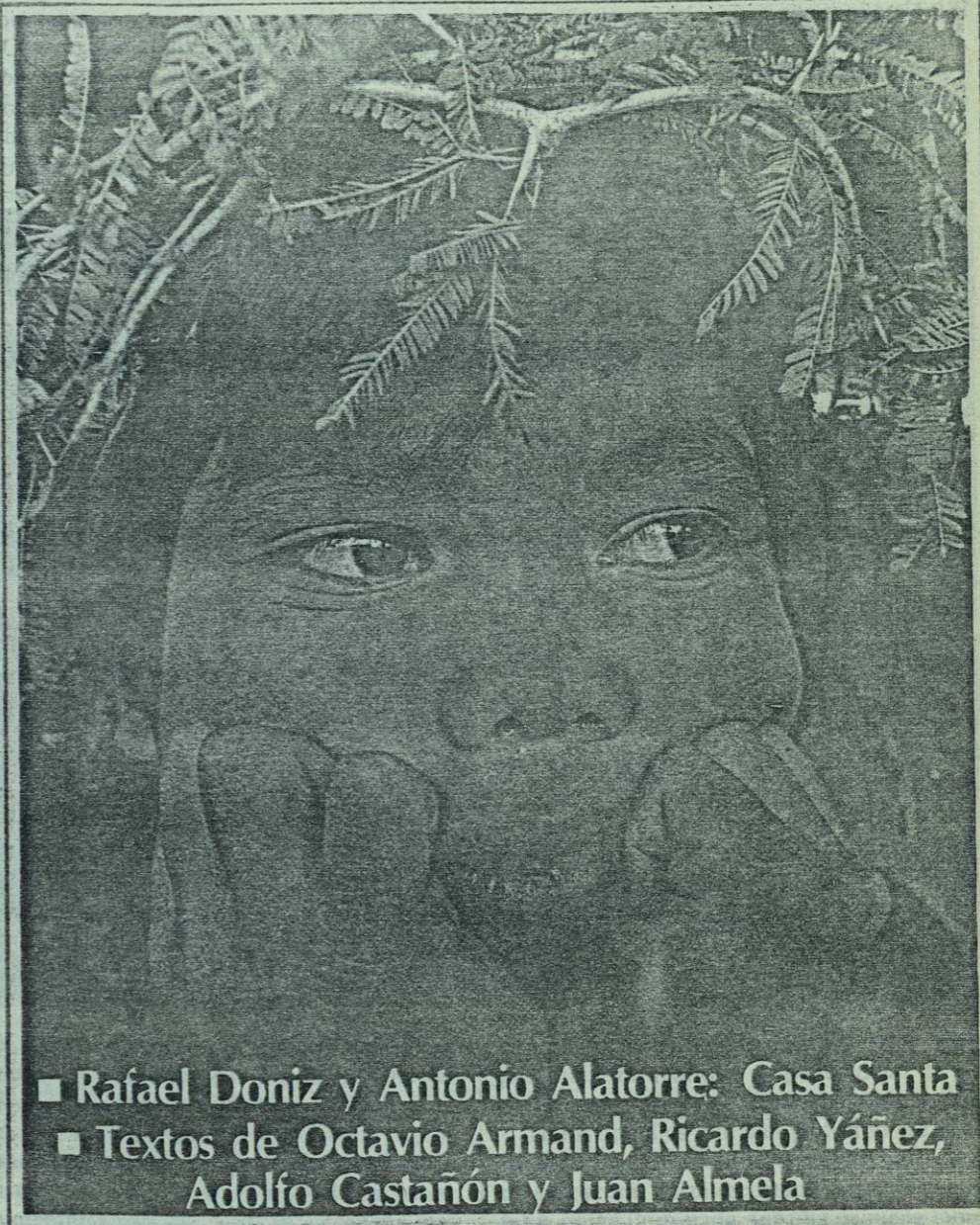
Peter todo en orden. Theresia y el conde lo obedecen. Peter Kien es señalado en su antiguo departamento de biblioteca. Los libros que hablan son resaca de la casa de empobrecidos Peter Kien habla intermitentemente y misteriosamente con su hermano en explicación de todo lo ocurrido no se refiere en ningún momento a la realidad, no cuenta verdaderamente lo que ha ocurrido, sino que es trasladada a la mitología griega. De acuerdo con su sistema a George no le es difícil interpretar el discurso de su hermano de la manera que la conciencia, expresada por supuesto como destino, elogiando sus trabajos como un trabajo expresando su admiración por la magistral manera en que ha logrado hacerse dueño del lenguaje de los siglos, dueño de la antigüedad para recomponer lo que sería el equivalente de los textos de los antiguos. Peter Kien no se interesa por esos textos, pero en cambio empieza a hablar de su propio caso en términos de ejemplos de la mitología griega. George sabe a qué corresponde cada uno de los ejemplos citados. El lenguaje de la razón sirve a la locura e interviene en términos de locura el lenguaje de la razón debe conducir a la creación. Peter en vez también todo diálogo es un diálogo entre locos. La novela empieza cuando un niño le habla a Peter Kien, que ha sacado a pasear sus libros, en una forma que puede tomarse por un diálogo entre locos cuando no se sabe cuáles son los que hablan. Intereses maduros de un científico como Peter Kien que resulta ser uno de los protagonistas del diálogo y habla con el niño son, en su diálogo real, sorprendentemente parecidos en los dos, sin que ninguno de ellos parezca estar consciente de los intereses de la ficción de la realidad encerrada en los libros. El niño la ama como representación de la realidad; Peter Kien como la realidad encerrada en el objeto que son los libros. Cuando de acuerdo con la promesa que le ha hecho Peter Kien al niño, que vive en su mismo edificio, va a visitarlo para que le enseñe los trabajos de alguno de sus libros, Theresia ya vive en el departamento y lo describe de una manera. Pero ahora, al final del libro, Peter Kien

# Traceta

del Fondo de Cultura Económica



- Octavio Paz: El peregrino en su patria
- Ezra Pound: Canto CXX
- Juan Rulfo visto por Cobo Borda



- Rafael Doniz y Antonio Alatorre: Casa Santa
- Textos de Octavio Armand, Ricardo Yáñez, Adolfo Castañón y Juan Almela

Carlos Fuentes:  
Cristóbal Nonato

Poemas de  
Gonzalo Rojas,  
José Luis Rivas,  
G. Rothschuh,  
Elsa Torres  
y A. Sarignana

Gerardo Deniz:  
El Goethe  
de Cansinos

\$ 500.00

Nueva época      Número 190      Octubre de 1986

**Escribir: incendiar**